

Fue el comunista italiano Antonio Gramsci quien, al considerar los problemas sociales, económicos y políticos que afligían a su país, y al medir su alcance, analizar su extensión y reconocer su, por lo visto, imposible superación, habló del pesimismo del intelecto. Ante la situación coyuntural en la que se encontraba, caracterizada por el auge del fascismo y la represión desenfrenada contra el movimiento revolucionario, cualquier hombre pensante, haciendo pleno uso de su razón, no podía sacar otras conclusiones que las peores. Pero, como el lector recordará, aunque su intelecto le obligaba a entregarse al pesimismo analítico, Gramsci no se permitía —y exigía a sus compañeros que tampoco se lo permitieran— rendirse frente al hecho casi objetivo de su derrota. El corolario revolucionario gramsciano del pesimismo del intelecto, hacia el cual la fría mirada analítica le impulsaba de manera implacable, era que los actores, sin importar la situación, tenían que animarse —y, efectivamente, armarse— con un optimismo de la voluntad. En su forma completa el lema es famoso: “El pesimismo del intelecto, el optimismo de la voluntad”; en otras palabras, no obstante la coyuntura objetivamente agobiante, aún hay que esforzarse.

De este lema me acuerdo y me pregunto por su significación actual en el caso colombiano, debido a algunos resultados de la investigación en que me encuentro involucrado desde hace año y medio. Junto con el Profesor Nick Morgan de la Universidad de los Andes, y con la financiación de Colciencias, hemos venido efectuando una serie de entrevistas espontáneas aunque semiestructuradas en ciertas ciudades colombianas, tanto principales como secundarias, entre las que se encuentran Bogotá, Medellín, Quibdó, Riohacha, Leticia, Cartagena, Armenia y Pasto. Fueron escogidas en aras de obtener una muestra por lo menos parcialmente representativa, pero sujeta, por supuesto, a limitaciones presupuestales. Las entrevistas consistieron en preguntar a personas desprevenidas, que tuvieran la amabilidad y el interés de hablar con nosotros, sobre sus opiniones, perspectivas y reflexiones acerca del país, y sus realidades sociales, económicas y políticas. La idea era sacar a flote lo que podría considerarse, en el sentido foucaultiano, ‘saberes sometidos’ sobre nuestra actualidad colombiana. Semejantes saberes experimentan una vida de segundo o tercer plano; forman parte del saber que se encuentra reprimido, por no decir aplastado, por la

elaboración y la difusión del saber propiamente autorizado —la ciencia— por las relaciones de poder vigentes en cualquier sociedad (Foucault, 2000: 15-31).

Efectivamente, hablamos con alrededor de 190 personas, un promedio de 23 en cada ciudad, siendo el 63% hombres y el 37% mujeres, y, mientras los resultados de la investigación son múltiples y saldrán a la luz a lo largo de los próximos meses, en el presente artículo lo que pretendo hacer es deliberar sobre las respuestas a la última pregunta que realizamos a los entrevistados, pues son éstas las que me han llevado a pensar en el sentido del lema gramsciano ajustado a las condiciones locales. La pregunta, que llegaba después de indagar sobre la crisis generalizada que azota al país, sobre las opiniones y la manera de calificar a nuestros dirigentes y líderes, de reflexionar sobre los lazos que unen —y las dinámicas que desunen— a los colombianos, era “¿Cómo ve el futuro aquí en Colombia?”, y manteniéndonos a nivel general, las respuestas caían en tres grupos. En su mayor parte eran pesimistas. “Mal”, se decía con notable frecuencia. Adicionalmente, aunque en menor cantidad, algunas personas decían que veían bien el futuro, que suponía que las cosas mejorarían. Una respuesta, digamos, optimista. La otra respuesta que se escuchaba bastante, la califico yo de realista: “incierto”; respuesta realista puesto que el futuro siempre es, de hecho, incierto.

Nadie se opone, obviamente, a que Colombia, en tanto formación nacional, saldrá adelante. Pero esperanzas aparte, lo que vemos es que la gran mayoría de los entrevistados no ve un futuro promisorio. Exhiben lo que se podría llamar, siguiendo a Gramsci, un pesimismo del intelecto al momento de hacerle frente al futuro; lo cual es perfectamente entendible teniendo en cuenta lo que saben del presente y del pasado, su conocimiento y experiencia de aquello en lo que se han convertido todos los futuros ya transformados en pasados, cuando uno u otro discurso prometedor les convencía de un amanecer deslumbrante, para después convertirse en lo mismo de siempre: crisis, desempleo, hambre, algunos pocos saliendo adelante, los demás rezagados, cuento viejo. Por otro lado, para quienes esperan un futuro mejor, una sola mirada a un periódico tomado al azar, el del 10 de mayo de 2005 por ejemplo, revela que los cultivos ilegales van creciendo, que el paramilitarismo sigue dando muestras de su mala fe, de su intención de proseguir su criminalidad y que la delincuencia tanto común como política sigue adelante como siempre —aunque de todo esto uno no se enteraría al

escuchar únicamente los discursos del gobierno de turno. Me permito ahora tomar prestadas algunas reflexiones de Clifford Geertz sobre las condiciones sociales y políticas en Indonesia hace algunas décadas (en 1964, para ser preciso), que aplican a la condición actual colombiana: “el presidente y sus colaboradores se preocupan casi exclusivamente por la ‘creación y la recreación de una mística’” (Geertz, 1997: 198), mientras a su alrededor tanto el país como lo que pretende ser el Estado, en contravía de esa mística, van descomponiéndose.¹ El presidente y su comitiva se esfuerzan por crear y extender unos discursos e ideologías auto-halagadores, afirmando que representan y ofrecen las cualidades que, como insiste Geertz, son imprescindibles para que cualquier país salga adelante: “destreza administrativa, conocimientos técnicos, coraje y resolución personales, paciencia y tolerancia sin límites, enormes sacrificios, una conciencia pública virtualmente incorruptible” (Geertz, 1997: 199). Sin embargo, en lo relativo a los hechos, el gran logro de la administración, la seguridad democrática (que realmente en términos prácticos no pasa de ser la seguridad vial) sólo afecta a los pocos colombianos con recursos para viajar por carretera. Aquellos discursos auto-halagadores son meramente eso: discurso, palabra; mientras, como lo revelan los estudios más serios de los últimos años, por ejemplo los de la Plataforma Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo (2003, 2004), para la gran mayoría de los colombianos, no se han visto cambios apreciables. La verdad es que, como lo comprueban estas investigaciones, salvo en muy pocos casos, el desplazamiento, la impunidad, la corrupción, la ineptitud, la falsa solidaridad y la pobreza generalizada son los rasgos característicos de la realidad social colombiana. Por lo tanto, a los optimistas hay que calificarlos, aunque sin malicia, o bien de ser algunos de los pocos beneficiarios materiales del régimen actual, o sencillamente de ser ingenuos.² Califico de ingenuo a quien tiene la expectativa de que la situación mejore, porque las cosas no pueden mejorar si continuamos con las políticas económicas neoliberales que han sido

¹ Además de la edición del periódico *El Tiempo* citada, véase “La ‘chequera’ pública de los paramilitares”, *El Espectador* Sep. 26-Oct. 2 2004 (1A); también, “La inquietante expansión de los paramilitares en Colombia”, *El Tiempo* Sep. 26 2004 (Sec. 1, pág. 1), y “3.650 días de horror” *El Tiempo* Sep. 26 2004 (Sec. 1, pág. 10). Estos artículos revelan que el paramilitarismo en Colombia es una fuerza que compite con el estado en muchas regiones.

² Es de notar que mientras escribo esto, el periódico de hoy, 14 de mayo de 2005, publica en primer plano los resultados de la más reciente encuesta hecha por Invamer Gallup, que muestra que cada vez menos colombianos se están dejando llevar por los discursos de color rosado del gobierno. Aunque la opinión favorable del presidente está todavía en un 69%, las cifras de aprobación están bajando en cuanto a su manejo de la guerrilla, el paramilitarismo, y hasta en sus políticas de anticorrupción y la aclamada seguridad democrática. Véase “Colombianos dan campanazo en corrupción a Uribe”, *El Tiempo*, 14 de mayo de 2005, (Sec. 1, pág. 1).

implantadas a lo largo y ancho de América Latina durante los últimos años, sin producir avances en la calidad de vida de la mayoría de los latinoamericanos. Esto es, aún cuando la economía crezca y las cifras suban, la creciente riqueza se concentra en las manos de pocos, mientras que los pobres siguen siendo pobres —y lo que es peor, sus niños y nietos seguirán siéndolo.

Sin embargo, no quiero manifestarme como pesimista. De hecho, lo que quisiera sugerir en este artículo es que en Colombia el optimismo tiene bases, tiene razones. A nadie le disgusta la posibilidad de que el país mejore, pero hay que preguntarse por el sentido y el contenido de tal mejora. ¿Qué tipo de país esperamos? Mejor dicho, ¿a qué tipo de país, después de considerar los países que han existido y que existen todavía, podemos aspirar sensatamente? El optimismo al que creo que tenemos el derecho de aferrarnos —al que nos deberíamos aferrar— no necesariamente debe aspirar a que el país se vuelva una Suiza o una Noruega, es decir, un país caracterizado por un sistema de bienestar social bien desarrollado que va de la mano con un sistema económico empresarial. Aquellos países han tenido muchas ventajas con las cuales Colombia no ha podido contar, entre ellas la estabilidad arraigada e histórica, y poblaciones bastante reducidas y homogéneas. Noruega, por ejemplo, tiene una población de unos 4.5 millones de habitantes, casi la mitad de lo que tiene la ciudad de Bogotá. Tampoco creo que el optimismo criollo deba abrigar la esperanza de que Colombia se convierta en un país como los Estados Unidos, que a pesar de su poderío — ¿o debido a él? — siempre ha generado en su interior injusticias y desigualdades alarmantes (y aquí no puedo dejar de lado la observación de que quizás sea el futuro de los Estados Unidos el que se parezca a nuestra actualidad, dado que su sistema educativo y su compromiso con los menos privilegiados se desmoronan cada vez más). Diría yo, al contrario, que mientras Colombia y los colombianos no tienen motivos para tales optimismos, sí los tienen para un optimismo que se abra a un desarrollo novedoso. Si podemos deshacernos de las imágenes engañosas que se construyen de países superficialmente exitosos, queda la posibilidad de aspirar a que el futuro sea otro, mejor para todos.

Puede ser que suene un poco perverso, pero quisiera sugerir que la posibilidad que justifica el optimismo se deriva del subdesarrollo. Para defender semejante posición, se tendría que precisar la naturaleza de este subdesarrollo: ¿en qué consiste entonces? Sería demasiado banal decir que la experiencia colombiana debería caracterizarse como

USUARIO 6/10/05 10:00 PM

Eliminado: a

una modernización interrumpida o una nacionalización incompleta, pues quedaría por identificar precisamente lo característico de esta experiencia truncada. ¿En qué sentido se puede afirmar que Colombia ha fallado en lo concerniente a su consolidación nacional? ¿Qué se quiere realzar —cuáles detalles o idiosincrasias— al señalar ese truncamiento, ese subdesarrollo, si es que es tal? Para poder responder a estas preguntas me remito a las descripciones genéricas de la sociedad premoderna y moderna hechas por Ernest Gellner en su libro *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales* (1989). Al describirlas, Gellner quiere mostrar que cada tipo de sociedad se basa en una estructura o división del trabajo particular y que en el caso de la sociedad moderna, su estructura ocasiona el surgimiento del nacionalismo, mientras que en la sociedad premoderna, no. El punto de Gellner es que el nacionalismo y por ende la nación no tienen sentido si no se ha manifestado la estructura que los ocasione. Así podremos ver que, dado que Colombia no se encuentra dotada de tal estructura, su “sentido de nación” o su “nación-dad”³, está puesta en tela de juicio por fuerza de la mera lógica. Como veremos, sin embargo, es esta falta de nación-dad la condición de posibilidad que justifica el optimismo del intelecto el cual, afirmo, debería complementar el de nuestra voluntad. Veamos, entonces, cómo se describe la sociedad premoderna:

En la base de esta sociedad hay un gran número de comunidades rurales, serviles, que viviendo en el interior del país se dedican a la producción de alimentos; están atadas a la tierra y obligadas a entregar el excedente de la producción. Por encima de ellas, hay una élite gobernante aislada por obra de sí misma y compuesta por guerreros y administradores que controlan los medios de coacción y los canales de comunicación [...]. (Gellner, 1989: 24)

Semejante sociedad es “bastante estable”, nota Gellner. La idea misma de la movilidad social no existe, de modo que en “la mayoría de los casos, el nacimiento decide sobre la posición especializada que habrá de ocupar un individuo”, y este futuro trabajador recibe su adiestramiento en forma de aprendizaje “en el trabajo mismo”. Por lo tanto los varios “oficios no presuponen un sistema educativo centralizado que imparta una enseñanza *genérica* inicial” (Gellner, 1989: 24-25), y como consecuencia, la posibilidad de un conocimiento social queda severamente limitada. Esto lleva a que la sociedad se

³ Al traducir el concepto inglés “nation-ness”, se ofrecen dos opciones. La primera, “sentido de nación” está tomada de Bolívar (2001: 27); la segunda es mía.

reproduzca fácilmente, porque como lo afirma Gellner, una “inteligibilidad estratificada refuerza a una sociedad estratificada” (1989: 25).⁴

Con esta descripción Gellner quiere captar los rasgos cruciales de una sociedad premoderna y prenacional, pero cualquier observador no podría negar que, sin saberlo, ha captado de manera bastante acertada (y asombrosa) algunos rasgos eminentemente colombianos. Si el campesinado no se encuentra en su mayoría dedicado a la producción de alimentos, es porque la violencia lo desplaza y así imposibilita tal producción, o porque la economía de estupefacientes es más rentable; de todas formas, se encuentra —si no está desplazado— sujeto a la tierra, habitualmente a la tierra natal, y sujeto también a la entrega de su producto —cualquiera que sea— a los intermediarios, quienes determinan por sí solos y conforme a sus necesidades, el valor de cambio. Por encima de este campesinado vive la elite compuesta por guerreros⁵ y administradores que controlan los medios para ejercer la violencia⁶ y los canales de comunicación, hoy en día medios masivos. En lo relativo a la estabilidad Gellner explica que en la sociedad tradicional las posiciones comprendidas por “la parte superior de la estructura” son “en principio [...] rígidos y hereditarios y en realidad bastante estables” (1989: 24). Aquí la diferencia con Colombia es superficial en cuanto que las posiciones de alto rango están, en principio, democráticamente elegidas y ejercidas; en realidad, en cambio, son bastante estables y casi hereditarias. Forrest Hylton, deja constancia de esto en su artículo “La hora crítica” donde enumera “los vínculos de parentesco entre [los] últimos presidentes” (2003: 50) y los candidatos presidenciales, revelando una secuencia de padres e hijos y hasta primos y nietos que constituye la facción dirigente de una oligarquía innegablemente estable, continua y poco dispuesta a soltar su agarre de las riendas del país. En cuanto a la parte inferior, no es exagerado decir que Colombia es una sociedad donde los recién nacidos arriban a su

⁴ Deberíamos notar que tal efecto es alcanzado por la práctica contraria y en la sociedad moderna, esto es, por la extensión de una enseñanza genérica a lo largo y ancho del territorio nacional como lo han comprobado estudiosos como Paul Willis (1981) en el caso inglés, y Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron en el caso francés (2001).

⁵ Aunque sean campesinos los soldados que forman los rangos bajos de las fuerzas armadas, se diferencian del campesinado al vestirse de camuflaje y desplegarse por regiones que les son extrañas.

⁶ Aunque estén en manos de soldados, guerrilleros o paramilitares, el punto es que el control de los medios para ejercer la violencia está localizado y segmentado, siguiendo el modelo de una sociedad premoderna. Oponiéndose a la observación weberiana de que al Estado se le reconoce la legitimidad de su control sobre los medios y la práctica de la violencia, muchos grupos ni siquiera reconocen la legitimidad del control de los medios de violencia por parte del Estado, lo cual, lógicamente, pone en entredicho el “sentido de nación” o la “nacion-dad” del objeto social llamado Colombia.

mundo sin muchas posibilidades de desviarse del camino que les espera, el cual se ajusta a las necesidades ya predecibles de la división estable del trabajo. Siendo esto así, no falta un sistema educativo universal, lo que dificulta la comunicación entre clases, sectores, niveles, conllevando a esa inteligibilidad estratificada, y finalmente, a esa sociedad estratificada que es la nuestra...[\(No está claro el sentido de esta última oración, revisar\).](#)

En semejante “situación general”, continúa Gellner como si tuviera en mente a Colombia, “no existen factores que contribuyan a asegurar la homogeneidad lingüística y cultural, sino que por el contrario hay varios factores que contribuyen a la diversidad” (1989: 25). ¿No es bastante trillado hablar de Colombia como un país de diversidades, carente de una cultura común, donde cada región manifiesta su propia cultura que no se distingue de la nacional, sino que toma su lugar, dado que aquella no existe? Y la semejanza de Colombia a una sociedad pre-nacional parece definitiva al concluir Gellner su descripción de ella: “[E]n semejante sistema, lo que resulta virtualmente inconcebible es un serio y sostenido impulso hacia la homogeneidad lingüística y cultural apoyada en la instrucción universal con un solo medio lingüístico. En semejante sociedad faltan enteramente la voluntad y los medios de esa aspiración” (1989: 25-26). Lo que indica Gellner es que en una sociedad tradicional el nacionalismo no aparecerá porque no hace falta. No es necesario, y menos aún, deseado. Esta sociedad tradicional es, según la caracterización de Gellner, no sólo una sociedad estable en la cual la aspiración a cambiar no existe, sino, además y por esa razón, una sociedad estancada que se quiere tal.

Por otro lado existe la sociedad moderna. En ésta la división de trabajo “se basa en una técnica avanzada de modo que la producción de alimentos ha dejado de ser la ocupación de la mayoría de la población” (Gellner, 1989: 26). Colombia siendo, según se dice, una nación moderna, debería adecuarse a esta descripción. Pero si bien Colombia pueda servirse de una tecnología avanzada, creo que sería prematuro hablar de una mayoría industrializada de la población. Gellner califica a la sociedad moderna como una que “se funda en una expectativa realista y bien basada de crecimiento económico, en la idea del mejoramiento material de todos sus miembros o de la mayor parte de ellos” (1989: 26), y es verdad que Colombia sí ha gozado históricamente de cifras de crecimiento económico envidiables por la región, pero estas no se han traducido en algo

que se aproxime a una nivelación social, de manera alguna. A pesar de los discursos puede decirse que la idea del mejoramiento general no pasa a ser más que precisamente eso, una idea, y como si fuera poco, una idea engañosa. Según la lógica expuesta por Gellner, una nación moderna exitosa se caracteriza por una estructura de base, una división del trabajo que requiere movilidad, y que exige así que los nacionales puedan moverse socialmente. Esto requiere que puedan comunicarse entre sí, no importa su proveniencia. Para lograr esta comunicación, hay que distribuir y hacer accesible a todos una cultura común, conocida como la cultura nacional; y como corolario, olvidar las otras culturas. Ahora bien, es verdad que en Colombia se ha intentado construir aquella cultura plenamente nacional, y que en el proceso mucha sangre se ha derramado, mucha cultura indígena, afrodescendiente, local, no hispana, se ha visto rechazada, ha experimentado la fuerza del no reconocimiento, del desprecio. Pero aunque todo esto ha sucedido, el proyecto nacional está lejos de ser exitoso. ¿Por qué? ¿Se trata de que la campaña no fue lo suficientemente encarnizada? ¿De que los discursos fueron demasiados superficiales? No. *Es que no tenían que ser exitosos.* El nacionalismo, y por ende la nación, no se desarrolla porque sí. Al contrario, está estrechamente relacionado con cambios en la estructura o la división del trabajo, tanto que podría hablarse de un desarrollo dialéctico que desemboca en la nación. Es este proceso dialéctico el que no ha ocurrido en Colombia, porque su estructura nunca fue desarrollada hasta el punto de que hiciera falta una práctica realmente nacional. Hablando en términos no históricos sino taxonómicos, el país no se ajusta al “perfil general de una sociedad moderna” como lo esboza Gellner: “alfabetización, movilidad social, igualdad formal con una desigualdad puramente fluida, por así decirlo, atomizada y con una cultura compartida, homogénea, impartida mediante la alfabetización e inculcada en la escuela” (1989: 27). En otras palabras, aunque existe el nacionalismo en Colombia, no corresponde a nada fundamental porque, en efecto, la sociedad a que se supone corresponde es una sociedad en gran parte pre-nacional. Es esto, precisamente, lo que constituye la naturaleza problemática de Colombia en cuanto nación. Siendo así la situación, no sería optimista sino perverso y cruel imaginar que la solución fuera la de imponer o reiniciar el proceso de nacionalización como un proceso sencillo para intentar construir una cultura nacional a expensas de las otras. Gracias a diós semejante posibilidad ha quedado proscrita —por lo menos en teoría— al entrar en vigencia la constitución de 1991, que constituye al país como uno en el que se reconoce y se protege la diversidad cultural y étnica de la nación (véase el artículo 7°).

USUARIO 6/10/05 10:40 PM
Eliminado: y llanamente cultural, como el de

Es posible afirmar, por tanto, que el perfil de Colombia no se parece al de una nación moderna porque para que “funcione” Colombia no se ha requerido que asuma la forma profunda de aquélla. En adelante lo que pretendo hacer es explicar por qué esto puede interpretarse como justificación del optimismo, empezando con la observación de que, en primer lugar, las naciones modernas hay que calificarlas sin ilusiones como formaciones “estructuradas en dominación” (Hall, 1996: 33), y en segundo lugar, que habiéndose consolidado, parece imposible que se vuelvan sociedades más justas: las sociedades modernas se ocupan de estorbar la emergencia de lo nuevo, de su propia reconfiguración en algo mejor. Así lo comprueba el pensador galés Raymond Williams, quien, en su libro *Marxismo y literatura* (1980) analiza el desarrollo cultural cada vez más entorpecido en las sociedades modernas. Este desarrollo, tal cual es, se deriva del hecho de que el terreno cultural es un campo de lucha en el que “nuevos significados y valores, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones [...] se crean continuamente” (1980: 145). Ahora bien, al reflexionar sobre la posibilidad de desarrollar una cultura más equitativa y justa, Williams observa que los nuevos “elementos que son esencialmente alternativos o de oposición” al sistema establecido (1980: 146), si realmente amenazan la estructura dominante, enfrentarán “el proceso de una incorporación intencionada” (1980: 147). Es decir, las relaciones de poder constituidas son por sí conservadoras, y se esforzarán por incorporar y neutralizar cualquier tendencia nueva que las amenace. En este movimiento la sociedad se ajusta al, digamos, estímulo, mientras mantiene su forma básica. Esto se ve, por ejemplo, en el hecho de que las ideas universalistas de la nación misma y de la propia democracia han sido incorporadas en las relaciones de poder, de modo que la forma básica de la sociedad se ha mantenido intacta: los pocos ricos, dominantes y poderosos de un lado, los muchos pobres, dominados y vencidos del otro. Lo interesante aquí es constatar que entre más desarrollada sea una sociedad, más efectiva será en neutralizar e incorporar lo nuevo. Williams observa que un “rasgo distintivo y comparativo de todo orden social dominante es hasta dónde se afianza dentro de la escala total de las prácticas y experiencias en su intento de incorporación” (1980: 148). Y como es de esperar, “en el capitalismo avanzado, debido a los cambios producidos en el carácter social del trabajo, en el carácter social de las comunicaciones y en el carácter social de la toma de decisiones, *la cultura dominante va mucho más allá de lo que ha ido nunca en la sociedad capitalista [...] en las áreas hasta el momento ‘reservadas’ o ‘cedidas’ de la*

experiencia, la práctica y el significado” (1980: 148, el énfasis es mío). Esto es, las sociedades avanzadas se introducen en cualquier detalle social o cultural que en otro orden social quedaría libre del acoso sistémico, asegurando así su solidez, su reproducción. Se extienden hasta los rincones más oscuros, infiltran los capilares más distales e insignificantes, lo cual es necesario para que el sistema no se desvíe. De modo que, debido a la penetración sistemática dentro de las relaciones sociales, la resistencia contra lo nuevo en las sociedades avanzadas es mayor que nunca. Se hace para afianzarse, para conservarse, y como se observa en el mundo, se hace con éxito.

Ahora bien, ¿cómo se efectúa esta penetración, este afianzamiento? Para poder responder a esta pregunta debemos remontarnos de nuevo a esa transición de la sociedad tradicional a la moderna, esta vez con Michel Foucault sirviéndonos de guía. En su curso “Defender la Sociedad” (2000) dado en el Collège de France en 1976, Foucault distingue entre dos tipos o formas de poder: el poder soberano y el poder disciplinario. Es por el primero por el cual generalmente los estudiosos y las personas comunes y corrientes se inquietan. Este poder ha sido tema de copiosas reflexiones filosóficas: es el del Leviatán, el del poder del soberano; y su estudio se refiere al derecho del soberano y el del súbdito, ora defendiendo el derecho del primero contra el segundo, ora argumentando a favor de la ampliación de los derechos del segundo y de la restricción de los del primero. Como dice Foucault al describir este vaivén: “Vemos que esta teoría de la soberanía actúa en manos de los aristócratas o de los parlamentarios, del lado de los representantes del poder real o del lado de los últimos señores feudales” (2000: 42-43); e incluso se vio retomado “en el momento de la Revolución” (2000: 43). Este tipo de poder también se llama ‘poder real’ porque hay que considerar, en primer lugar, que eran las prerrogativas del rey las que constituían el eje alrededor del cual se formulaba por primera vez el principio de soberanía en la Edad Media. El “edificio jurídico [...] se construyó a pedido del poder real y también en su beneficio, para servirle de instrumento o de justificación” (2000: 35). Sin embargo, en “los siglos siguientes” a su formación, el pensamiento sobre este poder “escap[a] al control real, [y] se vuelv[e] contra el poder real” (2000: 35). Pero este volverse contra su principio, debe ser entendido todavía como el desarrollo y la elaboración del poder real en la medida en que lo que está puesto “en entredicho”, lo que está discutido y polemizado, son “los límites de este poder, la cuestión de sus prerrogativas” (2000: 35). Para aclarar un poco, lo que se discute y lo que está sujeto al cambio es la relación entre

el Estado, que surgió de la historia encarnada en el rey, y los súbditos, que se volvieron ciudadanos con el paso del tiempo. Como afirma Foucault, no importa que sean “los juristas los servidores del rey o sus adversarios, en esos grandes edificios del pensamiento y el saber jurídicos siempre se trata, de todos modos, del poder real” (2000: 35).

Este tipo de poder, y la lucha que lo envuelve, cobran tanta importancia porque “tiene[n] como papel esencial fijar la legitimidad del poder”, del Estado relativo al ciudadano; su “problema fundamental, central [...] es el problema de la soberanía” (Foucault, 2000: 35). No es de sorprender entonces que en Colombia sea foco de mucho interés. De hecho, ¿no era precisamente la legitimidad del poder el problema por el cual se preocupaba la asamblea constituyente de 1991? Fue en aras de refundir las relaciones de poder y reformular la democracia, es decir, reconstituir las relaciones entre el Estado y la ciudadanía que, en el año de 1991, Colombia se dio una nueva constitución. No obstante su gran historia de gobierno civil, de continuidad institucional, de regularidad democrática, los colombianos votaron a favor de convocar un constituyente que produjera una nueva carta magna que incrementara y profundizara la democracia, y esto, para ponerles fin al desorden y la violencia que atormentaban al país. Desafortunadamente estos problemas la siguen atormentando, dando a entender que esta prueba, la constitución —como una de las destacadísimas encarnaciones del poder real de los tiempos modernos— fracasó.

USUARIO 6/10/05 11:12 PM
Eliminado: que por

Es la discusión del otro tipo de poder que le interesa a Foucault, el poder disciplinario, la que nos ayudará a entender no sólo este fracaso, sino también la esencia de la justificación del optimismo que he venido rastreando en este ensayo. Según Foucault, la teoría de la soberanía correspondía bien al intento de entender la sociedad dentro de la cual se generó. Si lo pensamos, nos daremos cuenta de que esas sociedades son las premodernas de las que habla Gellner, bastante sencillas, autorregulándose de acuerdo con los dictámenes del nacimiento, las estaciones y los festivales, sin ocasionar el nacionalismo. En esas, dice Foucault, la “relación de soberanía [...] englobaba, en suma, la totalidad del cuerpo social” (2000: 43). Pero cuando la sociedad cambia, cuando se hace más compleja, por decirlo así, la relación de soberanía ya no engloba la totalidad del cuerpo social. El hecho de volverse más compleja corresponde a lo que para Gellner es el reemplazo de la estructura tradicional por la moderna, y ésta,

recuérdese, tiene que producir y servirse de lo que llegará a llamarse nacionalismo, cuyos rasgos, como hemos visto, son: “alfabetización, movilidad social, igualdad formal con una desigualdad puramente fluida, por así decirlo, atomizada y con una cultura compartida, homogénea, impartida mediante la alfabetización e inculcada en la escuela” (Gellner, 1989: 27). Se trata de la emergencia de un nuevo modo de producción, que exige la “invención” del poder disciplinario — “una nueva mecánica de poder” (Foucault, 2000: 43) para que marche bien. Este nuevo poder no tiene nada que ver con expropiarle algo al campesino— tal vez la mayor parte — de su cosecha, con llevarsele a su hija, con poder matarlo simplemente por capricho, como era el caso otrora: es justamente por semejantes prerrogativas, por defenderlas o limitarlas, por las que se preocupaba la teoría de la soberanía. Al contrario, este nuevo poder, en vez de recaer “sobre la tierra y su producto” más bien “recae, en primer lugar, sobre los cuerpos y lo que hacen” (Foucault, 2000: 43). Es un poder que se arraiga en el organismo, que se invierte en él para sacarle “tiempo y trabajo más bien que bienes y riqueza” (Foucault, 2000: 43); éste es un poder que “se ejerce continuamente mediante la vigilancia” y que “supone una apretada cuadrícula de coerciones materiales” sobre el individuo (Foucault, 2000: 43), lo cual lo obliga a comportarse bien.

Mientras Williams analiza el capitalismo en su, digamos, tercera edad (sin querer decir que esté por morir), Foucault investiga su niñez. Este poder disciplinario, más allá de ser sencillamente “una de las grandes invenciones de la sociedad burguesa”, es además “uno de los instrumentos fundamentales de la introducción del capitalismo industrial y del tipo de sociedad que le es correlativa” (Foucault, 2000: 44). Lo que tenemos entonces en las sociedades occidentales que constituyen el objeto de análisis de Foucault son dos formas de poder: el soberano y el disciplinario, no en competencia sino en relación mutua. ¿Cómo podemos entender su relación? Según Foucault, la teoría de la soberanía ayudaba en cierta manera a despejar “los obstáculos que podían oponerse al desarrollo de la sociedad disciplinaria” (2000: 44), en la medida en que era ejercida contra las prerrogativas del rey y la aristocracia: los burgueses la reformulaban para proteger y hacer avanzar sus intereses relacionados con la imposición de una nueva división del trabajo, que llevaría el nombre de capitalismo. Puesto que esta nueva división del trabajo dependía de hombres libres, la burguesía tenía que producirlos, lo cual logró mediante la expansión de la libertad de individuo, o en las palabras de nuestro guía, por medio de la “democratización de la soberanía, la introducción de un

derecho público articulado en la soberanía colectiva” (Foucault, 2000: 44). Sólo podía darse, sin embargo, “*en la medida en que y porque esa democratización estaba lastrada en profundidad por los mecanismos de la coerción disciplinaria, y porque lo estaba*” (Foucault, 2000: 44, el énfasis es mío). He aquí lo fundamental: la expansión de la libertad jurídica sólo era posible en las sociedades modernas a costa de que se sujetara cada vez más el individuo al sometimiento disciplinario, lo cual servía para contener y en gran parte neutralizar la significación de aquélla. Como lo resume Foucault:

en las sociedades modernas, a partir del siglo XIX y hasta nuestros días, tenemos, por una parte, una legislación, un discurso y una organización del derecho público articulados en torno del principio de la soberanía del cuerpo social y la delegación que cada uno hace de su soberanía al Estado, y, al mismo tiempo, una apretada cuadrícula de coerciones disciplinarias que asegura, de hecho, la cohesión de ese mismo cuerpo social.” (2000: 45)

El punto es que en las sociedades premodernas el súbdito, en términos prácticos, era libre excepto en los casos en los que los dictámenes del soberano compitieran con sus actividades. Más allá de lo proscrito por la ley, que era la palabra del soberano, el súbdito gozaba de libertades amorfas, pero reales. Por supuesto, no había mucho que hacer, no había mucho de que gozar, pero en principio, es importante destacar la relativamente amplia extensión del espacio de libertad práctica que existía en las sociedades premodernas. Lo interesante es que con el surgimiento del poder disciplinario relacionado con el nuevo modo de producción —un poder que escapa del alcance de la teoría de la soberanía— la libertad práctica merma debido a la extensión de la disciplina —aunque la libertad teórica se acrecienta. A esto deberíamos agregarle la observación de que la preocupación por el poder soberano tiene “la función esencial de disolver [...] la existencia de la dominación” (Foucault, 2000: 35), de enmascarar el funcionamiento de la disciplina por todos lados, lo cual es característico de la vida moderna. Tal es la nación moderna por excelencia.

En esta nación es la disciplina la que asegura la continuidad de la sociedad, orgullosa de ser libre. Es la disciplina, interviniendo en todos los detalles cotidianos de la vida moderna, pero particularmente en las jornadas características del capitalismo avanzado,

la que impide la emergencia de lo nuevo.⁷ Un ejemplo contundente de esto, de que la nación moderna disciplinada no puede cambiar, es el famoso mayo de 1968 en Francia, cuando la revolución no logró realizarse aunque el Estado como tal parecía haberse dado por vencido. Fue esta experiencia, la de una sociedad moderna incapaz de ser otra cosa que la que era aunque las condiciones fueran propicias para el cambio, lo que motivó a Foucault a efectuar sus múltiples análisis de los micropoderes y las disciplinas que determinan firmemente la reproducción de las “libres” sociedades modernas occidentales. En estas sociedades los principios de que la vida humana “puede ser y debe ser hecha digna de vivirse” (Marcuse, 1972: 20-21); de que los recursos pueden y deben “emplearse [...] para el óptimo desarrollo y satisfacción de las necesidades y facultades individuales con un mínimo de esfuerzo” (Marcuse, 1972: 21), de los que habla Herbert Marcuse en su famoso libro *El hombre unidimensional* (1972), pueden jugar un rol en los discursos ideológicos de los líderes de turno, pero apenas se toman en serio, y ciertamente, no constituyen bases para una verdadera reconstrucción de la sociedad. Aunque, como dice Marcuse, “la preservación de la miseria frente a una riqueza sin precedentes [es] la más imparcial acusación” (1972: 23) contra los supuestos “éxitos” del capitalismo avanzado, han desaparecido efectivamente “las alternativas históricas que amenazan a la sociedad establecida como fuerzas y tendencias subversivas” (Marcuse, 1972: 22). En su lugar no tenemos nada más que la lógica implacable del sistema actual cuya “tecnología sirve para instituir formas de control social y de cohesión social más efectivas y más agradables” (Marcuse, 1972: 26). En otras palabras, lo característico de la nación es su notable incapacidad para cambiar, debido justamente al grado de desarrollo que ha alcanzado; y aunque pueda sufrir leves cambios de uno u otro tipo, se resiste a cualquier suerte de cambio fundamental —y cabe notar que hasta los cambios leves se manifiestan generalmente al nivel teórico o jurídico, sin pasar a registrarse en la vida misma.

La pregunta que debería sugerirse es, obviamente, ¿qué resulta cuando una sociedad se encuentra dotada de un aparato jurídico fundamentado en la teoría del derecho tal como se ha desarrollado en “las sociedades modernas” —es decir, cuando una sociedad se

⁷ La creciente extensión de la disciplina a lo largo y ancho de la vida moderna es el tema del libro *Vigilar y castigar* (1976) de Foucault. Este libro, aunque lleva el subtítulo *Nacimiento de la prisión*, efectivamente describe el nacimiento de la sociedad carcelaria, en tanto que se somete cada vez más a las prácticas disciplinarias. Richard Marsden, en su libro, *The Nature of Capital: Marx after Foucault* (1999) demuestra que el libro de Foucault desarrolla de manera persuasiva la elaboración de la disciplina ligada a las nuevas jornadas de estilo capitalistas.

dota de libertad— mientras carece de la apretada cuadrícula de coerciones disciplinarias que asegura la cohesión social? ¿Qué resulta cuando el entusiasmo por el poder soberano no tiene nada que ofuscar ([¿? No entiendo esta palabra, eliminar, enfrentar, deslumbrar?](#))? La respuesta es Colombia, y dicho esto ya podemos finalmente entender lo esencial del subdesarrollo que vive Colombia, el cual he venido insistiendo se presta al optimismo tanto de la voluntad como del intelecto. Aquí esa disciplina estorbadora no existe. Por lo tanto, en Colombia a diferencia de lo que ha pasado en otros países contemporáneos, lo nuevo o lo moderno no se ha encontrado de manera que nada nuevo puede surgir. Dicho de otra manera, lo que podemos afirmar es que aunque Colombia [\[sujeto?\]](#) haya podido valerse de discursos y prácticas cabalmente modernas y avanzadas en su propia elaboración, su desarrollo nunca ha llegado a la contingencia de cristalizarse en una malla de micropoderes que atrapen la heterogeneidad existente aquí, convirtiéndola en una homogeneidad, en algo identificable como Colombia. De manera contraria, los países generalmente reconocidos como exitosos sí experimentaron, contingentemente, el afianzamiento de prácticas, conductas y relaciones que juntos, en su traslaparse y sobreponerse, fijaron las diferencias e inconexiones, convirtiéndolas en algo (mal) reconocido como la nación. Semejantes naciones se realizaron mediante la elaboración de un discurso nacionalista y de “un tipo de poder que supone una apretada cuadrícula de coerciones materiales [...] cuyo principio es que se deben incrementar, a la vez, las fuerzas sometidas y la fuerza y la eficacia de quien las somete” (Foucault, 2000: 43). Es este poder la clave del éxito de las naciones, y es este poder el que garantiza que entre más exitoso sea, más se impiden desarrollos alternativos. Así, es en la ausencia de este poder donde reside la justificación del optimismo en el caso colombiano, precisamente porque aquí no se encuentra paralizado el surgimiento de algo nuevo por el poder disciplinario. Su llamado subdesarrollo es una especie de interregno histórico en que lo antiguo y lo nuevo siguen en confrontación dialéctica y cuya resolución, es decir, cuyo futuro, es, como lo expresaba la mayoría de nuestros entrevistados realistas, incierto. Mi apuesta es que este realismo puede convertirse en optimismo, porque a pesar de los sueños de la clase dirigente que pinta un futuro con los bonitos colores de la paleta del libre comercio, a pesar de los casi vencidos que, con todo derecho, sólo pueden imaginar el futuro como malo, la verdad es que de él nadie puede hablar con certeza. El hecho de que el futuro permanezca incierto es, en un

primer nivel, un presupuesto ontológico, válido en cualquier contexto social.⁸ Sin embargo, como hemos visto, mientras la posibilidad de que algo realmente nuevo emerja sufre una obstrucción en los países ejemplares debido a su lograda consolidación —la naturaleza de la cual ya hemos explicado— en Colombia, la ausencia de una disciplina social rigurosa por falta del modo de producción moderna, potencia aquella posibilidad. En fin, ¿dónde hemos visto las desviaciones históricas? Precisamente en sociedades “subdesarrolladas”. Aunque suene perverso, el subdesarrollo pueda llevarnos al optimismo.

Pero hay una última cosa por decir sobre lo moderno, lo premoderno y Colombia. Se trata de una comprobación más de su premodernidad. Marcuse observa que en la sociedad moderna, teóricamente más libre que nunca, la realidad es que “la amplitud de la dominación de la sociedad sobre el individuo es inmensamente mayor que nunca” (1972: 20) y resulta que semejante sociedad “se caracteriza antes por la conquista de las fuerzas sociales centrífugas por la tecnología que por el terror” (1972: 20). Es decir, en una sociedad moderna en la cual la disciplina y el desarrollo democrático van equilibrados, las tendencias antisistémicas se encuentran neutralizadas por el propio funcionamiento del sistema, como hemos descrito anteriormente. En una sociedad desequilibrada, por otro lado, la neutralización se asegura por medio del terror. Obviamente, ésta es la experiencia colombiana, donde la democratización de la soberanía no está lastrada con la disciplina propia a una arraigada división del trabajo capitalista. Aquí lo que imposibilita que Colombia sea otra, es decir, que sea mejor no en cuanto a algunas cifras abstractas relacionadas con la economía, sino a todos sus ciudadanos, lo que asegura la cohesión social del sistema establecido, lo que conquista a las fuerzas sociales centrífugas no es otra cosa que el terror.

¿Ante esto, cómo puede uno comprometerse con el optimismo? Efectivamente, es el saber común de que este terror tiene una historia demasiado larga en Colombia, lo que ocasiona, con toda razón, el pesimismo; es el saber académico del tipo de Nazih Richani quien en su libro, *Systems of violence: the political economy of war and peace in Colombia* (2002), argumenta que el terror se ha institucionalizado, y que es precisamente por la guerra, en tanto dinámica que articula las varias facciones en el

⁸ Véase *La condición humana* (1993) de Hannah Arendt, donde este argumento se desarrolla.

país, por lo que Colombia no puede cambiar, ocasionando el pesimismo. Pero vuelvo y repito, el optimismo está justificado puesto que en Colombia el aparato productivo no se ha desarrollado siguiendo el modelo de los países avanzados, lo que resulta en que la continuidad del sistema colombiano no se asegure casi automáticamente mediante la extensión de una red tecnológica y disciplinaria, sino que dependa de la violencia y el terror. Grave, pero aunque se pueda considerar un tanto ingenuo —y aún más perverso que nunca— creo en la posibilidad de moverse por la esperanza de que en Colombia aparezcan alternativas al orden actual dado que, como lo ha afirmado Hannah Arendt en su libro *On violence* (1970), el recurrir al terror deja constancia clara de la debilidad del sistema y de los poderes establecidos donde se encuentra. Pero aunque débil, el sistema no cambia por sí mismo. Como lo observa Marcuse, “los valores ligados a las alternativas se convierten en hechos [sólo] al ser trasladados a la realidad mediante la práctica histórica” (1972: 22). Si en nuestra situación todo queda por hacer, mejor poder hacerlo valiéndonos no sólo del optimismo de la voluntad, sino del intelecto también.

ARENDT, Hannah. *On violence*, London: Harcourt Brace & Company, 1970.

----- (1993) *La condición humana*, Barcelona; Paidós, 1993

BOLÍVAR, Ingrid. “La construcción de la nación y la transformación de lo político”, *Nación y sociedad contemporánea*, Ingrid Johanna Bolívar, Germán Ferro Medina, Andrés Dávila Ladrón de Guevara (Coords.), Bogotá: Ministerio de cultura, 2001.

BOURDIEU, Pierre & Jean-Claude Passeron. *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Madrid: Editorial Popular, 2001.

FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI, 1976.

----- (2000) *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France, (1975-1976)*, México; Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2000.

GEERTZ, Clifford. “La ideología como sistema cultural”, *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa Editorial, 1997.

GELLNER, Ernest. *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona: Gedisa Editorial, 1989.

- HALL, Stuart. "Race, articulation, and societies structured in dominance", *Black British cultural studies*. Houston Baker Jr., Manthia Diawara & Ruth H Lindeborg (Eds.), Chicago: University of Chicago Press, 1996.
- HYLTON, Forrest. "Una hora crítica", *New Left Review* 23 Sep. - Oct., 2003, pp.47-91 <http://www.newleftreview.net/Espanol.shtml> Último acceso ene. 30.
- MARCUSE, Herbert. *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A, 1972.
- MARSDEN, Richard. *The Nature of Capital: Marx after Foucault*, London: Routledge, 1999.
- PLATAFORMA Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo. *El embrujo autoritario: primer año de gobierno de Alvaro Uribe Vélez*, Bogotá: Ediciones Antropos Ltda., 2003.
- . *Reelección: el embrujo continúa. Segundo año de gobierno de Alvaro Uribe Vélez*, Bogotá: Ediciones Antropos Ltda., 2004.
- RICHANI, Nazih. *Systems of violence: the political economy of war and peace in Colombia*, Albany: State University of New York Press, 2002.
- WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*, Barcelona: Ediciones Península, 1980.
- WILLIS, Paul E. *Learning to labor: how working class kids get working class jobs*, New York: Columbia University Press, 1981.